

operacion de los dioses; los Cafres ven en ellas la obra de los espíritus enemigos y malos. En fin, entre los Zulús se vé á los mayores ofendidos amenazar en los siguientes términos: «Yo haré sentir mi poder por una enfermedad.» En América los Comanches creen que una enfermedad tiene por causa un soplo apestado por un enemigo; y los Mundurucus ven en ella un efecto de una maldicion lanzada por un enemigo desconocido.

En lugar de *espíritu*, leamos *agente sobrenatural*, y desde luego aparece igual la teoría del salvaje á la de los hombres semi-civilizados. El primer héroe conocido en Babilonia, Jadubar, fué castigado con una grave enfermedad por la diosa Ishtar á quien habia ofendido. En el primer canto de la Iliada, los Griegos mueren de una enfermedad epidémica; el poeta nos los representa atravesados de flechas por Apolo. En esto encontramos la analogía con una idea que habiamos indicado referente á los salvajes. Los Judíos creían que la mudez y ceguera cesaban cuando desaparecian los diablos que las causaban. Más tarde los Padres de la Iglesia afirmaron que los demonios enviaban las enfermedades.

Lo que nos demuestra hasta qué punto se mantuvo esta clase de interpretacion, es que las gentes que carecen de instruccion todavía hoy afirman que los hechiceros proporcionan enfermedades haciendo obrar los demonios, y hasta las gentes instruidas favorecen esta creencia diciendo que las enfermedades son obra del demonio. En Inglaterra los sacerdotes repiten á menudo palabras consagradas por la autoridad del Estado donde se expresa esta teoría. El servicio de la visita de enfermos contiene un rezo que dice: «No permitais que el enemigo se lo lleve;» y en otro se encuentran estas palabras: «Haced renacer en él... todo cuanto haya destruido la mala fé y la malicia del diablo.»

Despues del estudio de las creencias de que acabamos de hablar, y que hemos visto aparecer de una manera correlativa y natural; no nos producirá más sorpresa la opinion del hombre primitivo sobre las causas de la muerte; es una consecuencia indispensable.

Se ha visto la insensibilidad temporal ó prolongada producirse á la vuelta de una desgracia; de ello se ha deducido que la insensibilidad permanente de la muerte es el resultado de una herida inferida por un enemigo invisible. Bajo cualquiera de ambas formas se encuentra por todas partes esta concepcion. Los Naupés, dice Wallace, «parece que no creían que la muerte pudiese llegar naturalmente;» Hearne dice que los Chippeues atribuyen la muerte de sus jefes á hechicería, lo que hacen todos los Esquimales. Los Kalmukos creen que la



Lit. Miralles, Union 17.

Pérez, Barria y C^a Editores.

ALCESTES.

muerte es causada por un espíritu que está á las órdenes de dios. Los Kukis achacan la muerte, así como todos los males de la tierra, á causas sobrenaturales. En fin, los Khondos sostienen «que la muerte no es el fin necesario y presagiado del hombre, sino que no es más que la pena particular que se aplica á los que ofenden á Dios.» Arbousset afirma que los Bosquímanos creen que la muerte es debida principalmente á la hechicería; Borchell dice que los Bechuanos llegan hasta el punto de atribuir á la hechicería la muerte que sobreviene á la vejez. Los negros de la costa, escribe Winterbottom, piensan «que ninguna muerte es natural ni accidental.» La creencia de los Faps, tal como Burton la expone, es que «ningun hombre por viejo que sea, muere de muerte natural.» En fin, Astley afirma que los pueblos del Loango no creen en la muerte natural, sino por sumersion ó por otro accidente. Los Tahitianos veian en los efectos de los venenos «más bien el descontento de Dios... que su composicion propia... Se suponía que los guerreros que sucumbian en el campo de batalla morian á consecuencia de los golpes de Dios.» Hállanse las mismas apreciaciones entre los habitantes de las islas Sandwich, los Tanneses, Aústralianos, etc.

De todo lo cual se deduce como consecuencia que la individualidad de los demonios especiales á los cuales se imputa la causa de la muerte, acaba por reducirse en una individualidad general, en una muerte personificada: es probable que la personificación de la muerte tenga por doquier su origen en una leyenda transmitida por la tradición, atestiguando la existencia de un enemigo de excepcional ferocidad, en la cual no solo se habrían consignado los innumerables actos de venganza, si que tambien se habrían indicado los actos de venganza invisibles, siempre más numerosos. Sea lo que sea, podemos seguir la evolucion de estas nociones primitivas con las que existian en épocas clásicas y en la Edad Media. Butler nos dice que desde que se enterró un Naga, sus amigos se armaron y desafiaron el espíritu que causó su muerte. Entre los Tasmánianos, cuenta Davis, que «durante la noche que precede á la muerte de un miembro de la tribu, los sobrevivientes se sientan alrededor del moribundo cantando rápidamente y en voz baja un recitado continuo para impedir que el espíritu se vaya. Este espíritu es «una aparición enemiga.» Por otra parte, entre los Hotentotes la idea ha sufrido una generalización parcial, pues personifican la muerte. Lichtenstein cuenta que dicen, «la muerte te vé.» En estos hechos podemos reconocer en germen la creencia explicada en la leyenda de la muerte de Alceste, que no pudo ser arrancado de los brazos de la muerte más que por la fuerza de Hércules, y asimismo queda explicado el germen de la

creencia que implica la antigua costumbre de simbolizar la muerte con un esqueleto que tenga en la mano un dardo ú otra arma.

Observando toda la filiacion de esta idea, advertiremos que en el espíritu de un gran número de personas, la noción primitiva todavía persiste. Nos sorprendemos al saber que los salvajes que no reconocen la muerte natural imputan toda muerte á una acción sobrenatural, y olvidamos que hoy mismo se invoca una causa sobrenatural en las circunstancias ó causas de la muerte que no son aparentes y alguna vez también aunque lo sean. De vez en cuando leemos en los veredictos del Oficial de Justicia de Inglaterra, que en nombre de la Corona conoce en los suicidios y muertes violentas, la fórmula: «Muerto por visita de Dios,» y encontramos personas que achacan ciertas muertes (por ejemplo, las de los que se ahogan por causa de haber paseado en canoas el domingo), á la venganza directa de Dios; creencia que no se distingue de la de los salvajes más que por la modificación de la idea que se forman del agente sobrenatural.

Consideradas estas conclusiones como consecuencias de la interpretación primitiva de los sueños y de la teoría de los aparecidos, almas ó espíritus que de los mismos resultan, son perfectamente lógicas.

Si las almas pueden salir y entrar de sus cuerpos, ¿por qué las demás almas no podrían entrar en los cuerpos de las primeras durante la ausencia de éstas? Desde el momento que los cuerpos cumplen, en la epilepsia por ejemplo, los actos que el individuo al cual pertenece niega haber hecho, no hay manera de admitir esta causa. Desde el momento que existen movimientos incoercibles, por ejemplo los del histérico y otros más vulgares, el estornudo, el bostezo, el hipo, que se verifican sin que el paciente preste su consentimiento, es preciso deducir, pues, que un espíritu usurpa su cuerpo y dirige sus actos á despecho del mismo.

Esta hipótesis explica asimismo las extravagancias de los delirantes y locos. La prueba de que el cuerpo de un maniático está en posesión de un enemigo, es la de que está expuesto á dañarse. Con seguridad que su legítimo propietario no se lo mordería ni desgarraría. Además, se oye el demonio poseedor hablar y entretenerse con otros demonios que vé, pero que los asistentes no pueden percibir.

En fin, si tal es la causa de estos visibles desarreglos del cuerpo y del espíritu, la deducción manifiesta que es preciso sacar es, que las enfermedades y los desórdenes de clase menos notoria tienen la misma causa. Si no es un de-

monio alojado en el cuerpo quien dirige las extravagantes perturbaciones que la enfermedad produce, es indispensable que á lo menos sea un enemigo invisible que esté al alcance del cuerpo.

La muerte sobreviene por lo general después de un desarreglo ó enfermedad por largo tiempo continuada. Siempre que la muerte no tenga antecedente visible, no hay otra suposición posible, y así también cuando existe un antecedente visible, es todavía probable que haya habido alguna intervención demoníaca, que el suelo ceda á la presión del paso de un individuo, que se derrumbe en un precipicio ó que por un movimiento particular lance una arma á través de su corazón, de todo ello es siempre la causa el espíritu maligno de un individuo.

Así, pues, estas interpretaciones están por todas partes de acuerdo. Una vez admitida la idea inicial, también deben serlo las derivadas.

